

*Prólogo**

“Yo era eso que los sociólogos llaman un pequeño burgués liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria”: con tales señas de identidad, como evocando un tiempo pasado y un mundo perdido, se presentó Manuel Chaves Nogales a sus lectores de América en el prólogo a las “nueve alucinantes novelas” reunidas en *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, escritas en Mountrouge entre enero y marzo de 1937 y publicadas en Chile ese mismo año. Y eso era él, en efecto, si por pequeño burgués se entiende también al reportero que llega a ocupar la dirección de su periódico. Aquellas nueve novelas no eran, sin embargo, obra de imaginación y pura fantasía, puesto que las había extraído “fielmente de hechos rigurosamente verídicos”, ocurridos en los primeros meses de la guerra civil. Testigo de aquellos hechos, el pequeño burgués se convirtió en un “intelectual liberal al servicio del pueblo”, como escribió, desde la mesa de redacción, en el primer artículo sobre la guerra civil enviado desde su exilio en Francia al diario *La Nación*, de Buenos Aires, en enero de 1937.

Chaves Nogales se identificó como intelectual liberal al servicio del pueblo en el mismo momento en que daba por cancelado su compromiso con el consejo obrero, formado por delegados de los talleres, de dirigir el diario madrileño *Ahora*, del que fue reportero, redactor-jefe, subdirector y, finalmente, “camarada director”¹. Su compromiso duró poco menos de cuatro meses, exactamente el mismo tiempo que tardó el gobierno de la República en abandonar la capital para establecerse en Valencia desde los primeros días de noviembre de 1936. En lugar de permanecer en Madrid, asediado por las tropas rebeldes, o de seguir al gobierno en su retirada a Valencia, como hicieron otros intelectuales igualmente liberales, Chaves se apartó “con miedo

· Prólogo a Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la Guerra Civil (agosto de 1936 – septiembre de 1939)*, Edición de M^a Isabel Cintas Guillén, Sevilla, Espuela de Plata, 2011.

¹ Del trabajo de Manuel Chaves Nogales en el diario *Ahora* se ha ocupado con todo detalle la editora de este volumen, María Isabel Cintas Guillén, en la excelente “Introducción” a su *Obra periodística*, Sevilla, Biblioteca de Autores Sevillanos, 2000, Tomo I, pp. XCIII-CLXV.

y con asco de la lucha” y tomó el camino del destierro cuando todo el mundo, comenzando por el presidente del gobierno, Francisco Largo Caballero, daba por hecho que Madrid no podría resistir y dejó su defensa al cuidado de una Junta presidida por un general, José Miaja, que se había mantenido leal a la República.

Antes de tomar el camino del exilio, el camarada director de *Ahora* había enviado a *La Nación*, de Buenos Aires, un artículo en el que trataba de informar sobre “lo que pasa en España y lo que pasará”. Eran los primeros días de agosto de 1936, apenas dos semanas después de la rebelión militar, y Chaves atribuía a espíritus simplistas y elementales la afirmación de que en España se libraba una guerra entre comunismo y fascismo. No era tampoco una de las bárbaras y primitivas contiendas interiores propias de un país políticamente atrasado, como se había escrito en Londres, comparando España con Albania; ni se trataba de una revolución original que alumbrará nuevos caminos a la humanidad. Ni era, en fin, una guerra civil. Lo que pasaba era sencillamente que media España luchaba contra la fuerza armada de la nación que había traicionado al poder constituido. El futuro dependería de lo que aguantaran los rebeldes: mientras más tiempo tardaran en ser derrotados, mayor será la victoria del pueblo y más firme la base sobre la que un gobierno de izquierda se sustentará sobre un proletariado militante.

Esta visión de lo que estaba ocurriendo bajo su mirada en las primeras semanas que siguieron a la rebelión militar fue lo que le movió a aceptar su compromiso de intelectual liberal, un ave rara en el panorama político no ya español sino europeo de los años treinta, cuando no eran precisamente el liberalismo ni la democracia los valores en alza, sino más bien el culto al estado fuerte, el Estado no se avergonzaba de identificarse como totalitario. Al cabo, pensaban muchos, la rebelión acabaría por ser derrotada y el gobierno de aquella República democrática y parlamentaria de la que él se sentía ciudadano saldría reforzado de la prueba, como ya había ocurrido cuatro años antes, en agosto de 1932, con la intentona del general Sanjurjo. Y a una República democrática, aunque en esta ocasión la derrota de los militares se saldara con una crecida presencia del proletariado militante en su gobierno, el periodista Manuel Chaves siempre estaría dispuesto a servir.

Pero aquel reportero convertido en camarada director, que conocía de primera mano la experiencia fascista y la comunista, se sentía congénitamente incapaz de abrazar ninguna forma de partido o de Estado totalitario y había llegado muy pronto a la conclusión, derivada de su propia educación, de sus opciones políticas, y de sus experiencias directas, de que, en punto a totalitarismo, no había diferencia entre fascismo o nazismo y comunismo. De momento, sin embargo, no se trataba de eso en España o, al menos él todavía no lo sentía así: en el consejo obrero que le pidió su colaboración como director no había totalitarios, eran sindicalistas de UGT y de CNT. Chaves, pues, se quedó para contar lo que estaba ocurriendo y para defender desde las páginas de su periódico la República democrática atacada desde dentro por los militares que habían traicionado su juramento de lealtad al orden constitucional y que, al fracasar en la capital, habían desencadenado una revolución, claramente visible en la incautación de su periódico por los sindicatos, la formación del comité obrero y su misma designación como director.

Si todo esto fue así, ¿por qué dio por terminado su compromiso pocos días después de que el gobierno se trasladara a Valencia? Fue en ese momento, dice él, cuando tuvo la convicción de que todo estaba perdido. Escrita esta confesión en los primeros meses de 1937, quedaban todavía por delante dos años largos de guerra civil y de resistencia popular. ¿Por qué dar, entonces, todo por perdido a mediados de noviembre de 1936 cuando Madrid resistía el embate de las tropas rebeldes? Seguramente, porque el rostro de la guerra se había transformado y lo que en los primeros días había definido como una traición de militares, aplastada por un pueblo echado a la calle, se había convertido a sus ojos en una guerra entre fascismo y comunismo, entre la revolución social y el imperialismo capitalista, una visión de lo que pasaba en España que él mismo había desechado en los primeros días de agosto por demasiado simplista; una visión que, no por casual coincidencia, era también la de Clara Campoamor cuando dos meses antes que Chaves, a primeros de septiembre, decidió abandonar Madrid. Hoy España, escribió Campoamor, “es

el tablero donde las dos fuerzas internacionales en lucha, fascismo y comunismo, se juegan la hegemonía mundial”².

Esta simplificación de lo que estaba en juego en lo que ya todo el mundo llamaba guerra civil o guerra de España, tuvo mucho que ver lo que estaba ocurriendo en Madrid; es, por así decir, una visión madrileña de la guerra. Con la aviación italiana bombardeando la capital y con las brigadas internacionales aprestándose a su defensa, la guerra había adquirido una nueva y muy diferente dimensión, perceptible sobre todo en Madrid, que los sublevados pretendían conquistar a toda costa, convencidos de que su caída significaba la derrota de la República, y que el Gobierno se había apresurado a abandonar argumentado que su defensa se garantizaba mejor desde fuera. La defección de las democracias ante la agresión de la Italia fascista y de la Alemania nazi había motivado la intervención de la Unión Soviética que, a su vez, reforzó al Partido Comunista de España en su decisión de defensa de la República. Contra toda expectativa razonable, Madrid resistió el primer embate de los rebeldes y rechazó los siguientes, deteniendo así en sus arrabales el fulgurante avance de las tropas ya en aquel momento franquistas, lo que dio lugar a la consolidación de dos nuevos poderes en el fragmentado sistema político republicano. Por una parte, lejos del gobierno, los jefes del nuevo ejército de la República comenzaron a asumir responsabilidades propias en la conducción de la guerra, introduciendo el orden en la frágil resistencia de las milicias. Por otra, y más importante desde el punto de vista de la política, el Partido Comunista se presentó como artífice de la “gran tarea de defender Madrid” y hacerlo de tal modo que sus militantes sobresalieran “dos palmos por encima de cualquier obreros de otra organización y de otros partidos”, como se decía en sus manifiestos.

Madrid se llenó de carteles con consignas comunistas adornadas con la hoz y el martillo, las juventudes socialistas se fundieron con las comunistas en una nueva organización rápidamente incorporada a la disciplina de la Tercera Internacional. El mismo día que se abandonó Madrid, publicaban los periódicos un saludo de la Brigada Internacional al pueblo de España en el

² En *La revolución española vista por una republicana*, firmada en París, en noviembre de 1936. Cito por la edición de Luis Español Bouché, Sevilla, Espuela de Plata, 2005, p. 141.

que se decía que “el hecho de que en la Brigada estén en gran mayoría los comunistas, no cambia, en absoluto, su carácter de Frente Popular”. Y en la cartelera madrileña, donde sólo tres cinematógrafos resistían abiertos, se anunciaba a precios populares la proyección, de unos documentales producidos o presentados por el regimiento de milicias “Pasionaria” y por el Socorro Rojo Internacional, y dos películas de procedencia soviética: “Chapaief, el guerrillero rojo” y “La Patria te llama”. Garantizando el orden en la retaguardia y la resistencia en el frente de batalla, los comunistas sobresalieron en Madrid efectivamente dos y hasta tres palmos por encima de cualquier otra organización, un proceso del que Chaves Nogales había tomado buena nota: lo que definió en agosto como resistencia del pueblo contra la agresión militar, en noviembre se había transformado, a sus ojos que veían Madrid cubierto por grandes retratos de Lenin y Stalin, en una guerra entre comunismo y fascismo.

Con estas imágenes en la retina, lejos de Madrid, aquel reportero de raza, que escribía por contacto directo con las realidades, redujo la complejidad de la lucha a dos términos que dejaban fuera más de la mitad de las cosas que estaban ocurriendo en España en aquel otoño de 1936. Y quizá también por esa misma razón, su apresuramiento al anunciar desde finales de mayo de 1937 el comienzo del fin de la guerra. Si, en efecto, la guerra, tal como él había podido vivirla en Madrid, había tomado el carácter de una lucha entre comunismo y fascismo, entonces la crisis de abril en Salamanca, con la detención y emprisionamiento de varios dirigentes de Falange, con Manuel Hedilla a la cabeza, sumada a la crisis de mayo en Valencia, con el nombramiento de Juan Negrín como presidente del gobierno de la República, debía interpretarse como una derrota, por un lado, del fascismo y, por otra, del comunismo. No había, por tanto, razones para seguir en guerra, porque, como ratificará Chaves en octubre del mismo año, aquella polarización entre fascismo y comunismo había dejado de tener sentido. Ni resistencia popular a la traición militar, ni guerra entre dos totalitarismos, España padecía ahora una “doble invasión extranjera”. Exasperado por la interminable matanza, Chaves Nogales se preguntaba por qué esta horrenda guerra no terminaba de

una vez. Y su respuesta es invariable: si solo dependiera de los españoles habría terminado hace mucho tiempo.

El énfasis en el agotamiento de la guerra como conflicto interno de España, la insistencia en que el poder real en la España nacionalista había pasado a manos de Mussolini o de Hitler, mientras el régimen republicano mostraba, como si fuera un milagro, una extraordinaria e inesperada vitalidad, y su reiterada afirmación de que fascismo y comunismo eran fuerzas extrañas a la realidad española, estaban encaminadas a llamar la atención de las potencias democráticas sobre el peligro de una conflagración general en Europa. ¿Qué hacer para acabar de una vez con esta estéril guerra? pregunta de nuevo, tras los acuerdos de Munich, cuando la República, desbordada en los primeros momentos por la rebelión militar y la revolución proletaria, ha cumplido dos años de resistencia, batiéndose en constante retirada, obligada a pactar con las fuerzas de la revolución internacional. Franco, que habría delegado, según cree Chaves, las funciones de jefe de Gobierno en el general Jordana queda reducido, en octubre de 1938, a “mero instrumento” del imperialismo de las fuerzas totalitarias. Era preciso, por tanto, conseguir la retirada total de italianos y alemanes, obligar a Mussolini y a Hitler a renunciar a su aventura española; que retiraran de verdad sus tropas, especialmente su aviación, arma que les había proporcionado la superioridad en el campo de batalla. Favorecer el triunfo de Franco, escribe Chaves, es provocar una nueva amenaza de guerra.

Es entonces, ante la inminencia de la derrota de la República y de la consiguiente incorporación de España a la política imperialista de las potencias totalitarias, cuando Manuel Chaves defiende la propuesta de una mediación que evite la guerra de exterminio. Consciente de que esa idea levanta tempestades de protestas tanto en la España republicana como en la España de Franco, cree sin embargo que si fuera posible convocar un plebiscito el 99 por ciento de los españoles se manifestarían por la mediación y el compromiso. Es posible que con esta llamada Manuel Chaves se hiciera eco, a su modo, de lo que pensaba el presidente de la República, Manuel Azaña, cuando urgía a las potencias democráticas, Reino Unido y Francia, a imponer en España una suspensión de armas, permaneciendo cada ejército en

sus posiciones, de modo que pudiera iniciarse un periodo de transición hasta que los españoles pudieran darse el régimen que quisieran. Azaña había dicho en su último discurso de 18 de julio de 1938, que la guerra civil estaba agotada y que ningún credo político tenía derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que estaba sufriendo España; que, en realidad, lo que estaba en juego era la incorporación de España al nuevo sistema nacido en Roma para servir los intereses de la naciente hegemonía italiana en el Mediterráneo. Azaña no podía entender que Reino Unido y Francia mantuvieran su pasividad ante la amenaza que sobre ellos se cernía con el triunfo de Franco en la guerra de España.

Como es bien sabido, ni en el Quai d'Orsay ni en el Foreign Office prestaron atención a estas llamadas. Todavía a finales de enero de 1939, consumada la caída de Cataluña, Manuel Chaves publicará otro artículo clamando por la salvación de lo que queda del ejército de la República, al que se había negado la victoria impidiendo la venta de armas. Son todavía, según las cuentas de Chaves, medio millón de hombres, a los que Franco y sus aliados, pretenden aniquilar físicamente uno por uno. Si Franco se instala en Barcelona, no será posible mantener por más tiempo el equívoco de la no-intervención que ha permitido acabar con la República. Pero ese equívoco existe desde el inicio mismo de la guerra; o mejor, más que un equívoco, al que nadie se había llamado, fue desde su mismo origen una farsa. La no-intervención siempre dejó mano libre a Hitler y a Mussolini para hacer lo que bien quisieran en España. Chaves tenía todas las razones para saberlo y Azaña, desde enero de 1937, no se cansaba de repetir que la política de no intervención, que atribuía más a Inglaterra que a Francia, era el principal enemigo de la República.

Nada movió a Francia ni a Gran Bretaña a tomar ninguna iniciativa que impidiera la derrota sin condiciones de la República. Tres meses después del fin de la guerra, las ejecuciones capitales se siguen produciendo diariamente. Cuando Chaves vuelva a ocuparse de la situación interna de España será para denunciar el “terror blanco” que se ha desatado sobre los vencidos, “condenados a sufrir y a morir en el infierno de la España nacionalista”. Hay quien cree, escribe, que el horror de hoy como la atroz guerra de ayer

proviene del carácter español. Chaves no se lo podía creer: los españoles han sido siempre feroces en el combate pero magnánimos en el triunfo. Así que será preciso atribuir esta “crueldad bárbara y primitiva que Franco practica ante el mundo entero”, crueldad de horda victoriosa, de una banda de sicarios que jamás podrá compararse con los oficiales del Santo Oficio, a la crueldad de los agentes de la Gestapo. España había caído, según el periodista sevillano, bajo dominio alemán.

Esta es no más que una síntesis posible de la línea quebrada que dibujan los análisis escritos por Manuel Chaves Nogales sobre la guerra civil española a partir de un día de noviembre de 1936 en que decidió emprender el camino del exilio. Resistencia armada frente a una traición, guerra entre dos totalitarismos, revolución contra imperialismo, invasión extranjera, mediación frente al terror blanco, constituyen las principales etapas de un argumento que se mueve sobre la reiterada convicción de que sin la intervención de Alemania e Italia, la rebelión militar de julio de 1936 no habría ido mucho más allá de la rebelión militar de agosto de 1932. En la tensión que recorre tantos análisis de la guerra civil española como culminación de conflictos seculares internos o como preludio de la guerra mundial que se avecinaba, Manuel Chaves Nogales se inclinó, abandonando las impresiones de los primeros días, hacia la intervención extranjera quizá porque su mirada del exilio siguió velada por las últimas imágenes de aquel Madrid, bombardeado por aviones fascistas y defendido por brigadistas internacionales.